

Moreno Cabrera, Juan Carlos (2006). *De Babel a Pentecostés: Manifiesto plurilingüista*. Barcelona: Horsori, pp. 101

Florencio del Barrio de la Rosa (Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

El libro – o mejor: el manifiesto – del profesor Juan Carlos Moreno Cabrera (JCMC), publicado como número 20 de la colección *Cuadernos para el análisis* de la editorial catalana Horsori, contrapone la ideología monolingüista a la riqueza del plurilingüismo, contraposición que se ilustra con los dos episodios bíblicos que aparecen en el título: la construcción de la torre de Babel, que tuvo como consecuencia la confusión de las lenguas, frente al milagro de Pentecostés, gracias al cual los apóstoles se hacen entender entre los pueblos y forasteros del Oriente Próximo. El libro está dividido en cuatro breves capítulos principales, anteceditos de algunas páginas introductorias, en los que el autor quiere transportar al lector hacia una «actitud pentecostal» (p. 9) y desmontar los argumentos esgrimidos por la ideología monolingüista. Los textos bíblicos acerca de los episodios de Babel y Pentecostés, así como otros textos que defienden el plurilingüismo o bien previenen contra la diversidad lingüística, se recogen al final del libro, así como un Breve glosario y tres anexos (el primero de ellos con los dos primeros artículos de la Constitución europea (en 2006) en las 21 lenguas de la UE; el segundo con las publicaciones del autor en defensa del plurilingüismo; el tercero con algunos retratos, fotografías y noticias bibliográficas de célebres políglotas). No creo que haya un autor más capacitado para escribir este libro que el lingüista JCMC; sus conocimientos de lingüística, pero también su implicación personal (lo testimonian sus numerosas publicaciones recogidas en uno de los apéndices finales; a las que hay que añadir, diría yo, que como lectura obligatoria para profesores, lingüistas y políticos, su extraordinario libro *El nacionalismo lingüístico. Una ideología destructiva* de 2008) le permiten desmenuzar uno a uno todos los argumentos esgrimidos en provecho del monolingüismo

En el capítulo 1, el autor elabora una distinción conceptual básica entre *lengua natural* (LN) y *lengua cultivada* (LC). Es común concebir la lengua natural, la variedad espontánea que se adquiere durante la infancia, como una versión degradada de la lengua cultivada, única que merece la pena aprender; sin embargo, es esta última la que constituye una versión empobrecida y artificial que enmascara la diversidad consustancial a las lenguas,

precisamente por ser estas signo de identidad de las comunidades humanas. El mito veterotestamentario de Babel nos ha llevado a ver «la pluralidad de lenguas como un estorbo» (p. 13). Esto se debe al hecho de que las lenguas se consideran exclusivamente instrumentos de comunicación. El autor no solo demuestra la insostenibilidad de este prejuicio, sino que además afirma que la diversidad lingüística se funda en la búsqueda identitaria de las comunidades lingüísticas: «Una de las bases sobre las que se asienta la diversidad lingüística es la relación íntima entre las comunidades y su forma idiosincrásica de hablar o gesticular» (nota 24) (véase también la referencia bibliográfica citada en la nota 26).

Ha sido – paradójicamente – la Gramática Generativa, gracias al debatido concepto de *gramática universal*, la que ha abierto las puertas a la variación interna de las lenguas; la variedad lingüística está dentro de una misma lengua, no solo con sus dialectos, sino también con sus modalidades lingüísticas: «Es importante señalar en este punto que la naturaleza de la diversidad de las variedades de una lengua es la misma que la que da cuenta de las variedades entre lenguas distintas» (nota 19, p. 20). Solo la «ideología monolingüista más extrema» puede negar la variedad interna de una lengua (véase la nota 27, p. 26). Además, la Gramática Generativa ha iniciado los estudios sobre las lenguas de signos, considerándolas tan naturales como las orales. Por esta razón, el autor repite el sintagma «lengua que se habla o gesticula».

El capítulo 2 está dedicado a desenmascarar los prejuicios contra la diversidad lingüística y la supuesta urgencia de encontrar una única lengua que sea fácil y común al mayor número de hablantes (virtud que, contra la opinión generalizada, no tienen las *lenguas cultivadas*; véase la nota 47, p. 48). Este segundo capítulo, así como otras partes del libro, contienen valiosas referencias y sugerencias para el mundo de la escuela y la educación, donde se debe empezar a apreciar la diversidad lingüística. El capítulo 3, por su parte, está dedicado a la «deconstrucción de Babel», comenzando por poner en evidencia el carácter artificial e impuesto del monolingüismo y aplicándolo a la UE, donde impera, a veces inconscientemente (hay que decirlo), esta ideología. En la UE hay una «guerra de las lenguas» (p. 43) – consecuencia, no del plurilingüismo, sino de la ideología monolingüista, en la que algunos quieren imponer su lengua al resto de ciudadanos – y en sus instituciones se trata de imponer una política monolingüe (monolingüismo caracterizado como «claramente impositivo, coercitivo e inducido», p. 44) u oligoglósica; concepto este el de la oligoglosia creado por el autor: los defensores del monolingüismo deben transigir con la oligoglosia, pues al no poder imponer una única lengua se resignan a contar con un puñado de ellas.

Pero el autor no se dedica únicamente a criticar y desmontar los postulados monolingüistas, sino que también lanza una propuesta, que en un contexto de política y educación monolingüista puede resultar descabellada. Se trata de la defensa del sesquilingüismo (término cognado por el lingüista

americano Ch. F. Hockett, véanse los textos VII y VIII, p. 77). La educación monolingüista pretende que al aprender una nueva lengua esta sustituya a la lengua del estudiante (p. 53). El sesquilingüismo defiende que no es necesario dominar activamente una lengua, sino que es suficiente entenderla, de este modo cada uno podría mantener su lengua (seña de identidad) y comunicarse con los demás. El capítulo 4 se ocupa de ilustrar el sesquilingüismo cooperativo, concretización del milagro de Pentecostés. Se defiende un plurilingüismo receptivo: las personas entienden una lengua sin necesidad de hablarla o gesticularla. El sesquilingüismo resulta «totalmente natural» (p. 68), pues en los contextos de variación intralingüística se desarrolla de forma instintiva. El sesquilingüismo cooperativo no solo es posible como «instrumento de intercomunicación», dada la afinidad genética entre los idiomas (el autor demuestra que los 21 idiomas de la UE se reparten en 9 familias lingüísticas; este cálculo se extiende también a las lenguas de signos, p. 71), sino que además se produce ya de forma espontánea entre los hablantes de variedades distintas de una misma lengua. El comentario lingüístico a los textos de la Constitución Europea en el Anexo I pueden resultar sugerente como actividad didáctica con el fin de familiarizar a los alumnos con la afinidad entre las lenguas y las competencias pasivas del aprendizaje.

JCMC demuestra que el milagro de Pentecostés es posible en la UE, siempre que los ciudadanos nos desembaracemos de todos los prejuicios y opiniones que nos ha transmitido la educación monolingüista imperante. Es inevitable pensar en la posibilidad de que el milagro se produzca en países como España, donde tres de las cuatro lenguas oficiales pertenecen a la misma familia romance (gallego, castellano, catalán) y mantienen con la cuarta (el eusquera) un contacto secular. La educación sesquilingüista, normal en los países nórdicos (texto IX, p. 78), se basa en la idea de que las lenguas son signos de identidad, pero también medios de comunicación.

